

blancos linos, caían los mártires cristianos entre las fauces de los leones de Libia y de los tigres líricos, mientras aplaudían los Patricios y las meretrices, tanto estrago y sangre, tanta que manchaba desde el espoliario hasta las gradas de las matronas y de los Césares; sobre toda esa vida de lujurias, de infamias, de arte corrompido y paganismo corruptor, se percibía el ruido sordo de los cascos de los corceles de las ordas germanas que venían a destruir de un golpe tanta corrupción y enervamiento; de aquellas ordas bárbaras que llevaban por jefe a aquel Atila sombrío y feróz que gritaba a su paso: «Las estrellas caen! la tierra tiembla! soy el martillo del mundo! donde pone su casco mi caballo no vuelve a crecer la hierba!»

Ante aquel segundo diluvio de guerreros feroces más destructor que el diluvio bíblico, ay! de la raza latina, si no se hubiera vislumbrado en el horizonte del Asia los rayos esplendorosos de la cruz de Cristo que venía a cimentar para siempre el amor universal, la unión de la familia, la regeneración de la mujer y a sellar con la sangre que arrancó la acerada lanza de Longinos e pacto eterno de la fraternidad humana!...

En el amplio teatro de Nápoles es donde iba a debutar el emperador Nerón y este acontecimiento era digno de un pueblo cuyos patricios crapulados cantaban los versos de Esquilo y Sófocles mezclados a los exámetros que rendían culto a Priapo, Vénus, y Baco.

Nápoles dejaba los festines, los triclinios y los templos para escuchar a Nerón, acudiendo numeroso llenando las pétreas gradas; porque aquel pueblo tenía como su señor, en la sangre el instinto del arte y lo amaba con frenesí; diganlo sinó sus necrópolis suntuosas: donde predomina el misticismo ático; sus templos, donde el arte jónico derrocha sus riquezas, y sus edificios, donde la gracia esbelta de sus capiteles corintios desborda primores. Por que, eso sí, Roma no creaba nada, pero imitaba todo. Salvando el arco triunfal que inventó Vitrubio, Roma necesitaba la cooperación del mundo entero para que sintetizara su carácter severo y gigantesco: necesitaba formas colosalmente sublimes, porque épico y gigante fué el drama trágico que por muchos siglos se desarrolló en sus circos, en sus campamentos, en sus palacios, en sus templos, en sus foros, en sus catacumbas sombrías; drama en el que Nerón fué uno de sus protagonistas más culminantes y uno de sus actores más célebres.

Continuará

FRANCISCO C. ARATTA.

PÁMPANO

Vén, nos embriagaremos
en la orgía los dos:
cuando está triste el alma,
¡cómo ríe la musa del licor!

Brilla el añejo Cales en los vasos
y las gotas son perlas de un collar
que tu desgranas cuando el lábio acerca
al borde del cristal.

Te llevaré a la orilla de una fuente
donde las ninfas danzan en tropel;
mi diestra ostente el enramado tirso,
el lujurioso pámpano tu sien.

Allí, bajo las sombras de las parras,
donde todo es misterio y soledad,
yo arrancaré el racimo más maduro,
tú robarás las mieles del panal.

Quiero verte en mis brazos
desfallecida y trémula caer,
que el zumo de las cepas te emborrache,
que te haga el mosto ardiente enloquecer.

Yo quiero más pasión en tus caricias,
en tus sueños más vida y juventud,
en tus labios más ascuas y más besos.
Y en tus ojos más luz!

Vén, nos embriagaremos
en la orgía los dos:
cuando está triste el alma,
¡como ríe en las copas el licor!

HORACIO F. RODRIGUEZ.

Montevideo, 1897.

! SÓLO !

Para mi amigueta Flora Rosa.

I

Es la quietud somnolienta de las soledades.

Arriba, la inmensidad de los espacios incommensurables profusamente poblados por esos mundos ignorados; régias estancias talvez de seres superiores a nosotros.

Mundos ignotos, que, como el nuestro, cumplen con la misión eterna de la vida inmortal...

Del cielo fluye plata fundida; de esos mundos lejanos, cuyos parpadeos luminosos, incansantes, salpican la losa azogada de las aguas.

II

Abajo, el silencio de las tumbas.

La ciudad duerme.

Es la hora de los grandes silencios que se aduermen arrullados por las lejanas lamentaciones del mar.

Ruidos confusos y apagados,—los ruidos misteriosos de la noche,—perturban la grandiosa tranquilidad de la noche misma.

El triste aullido de los perros se pierde como vago clamoreo en el espacio.

El ave deja oír el chillido molesto de su grito nocturnal, de malos augurios para los supersticiosos.

Las campanas, lentas y acompasadas, acaban de dar doce campanadas que retumban en el pecho como martillazos dados contra el corazón.

Y el corazón se oprime.

Los jardines agonizan y exhalan como un fuerte olor indefinible.

Es la hora en que los espectros abandonan sus sepulcros.

III

El cierzo helado azota duramente los cristales.

Uno que otro trasnochador, sumido hasta las orejas en ricos abrigos de pieles—para resguardarse de la inclemente fría rácha, que parece pugnara por agujerearle la piel—atravesala calles solitarias deslizándose, rápido, con los labios secos, la vista apagada y las piernas flojas, hacia el caliente nido donde le espera el sér con quien soñara siempre, y a quien ha robado unas horas, horas cuyo recuerdo le oprime el alma con la pesada losa del remordimiento.

IV

Allá, perdido entre las sombras de la noche, en el rincón del umbral de una puerta desuntuosa mansión, respira descompasadamente un desgraciado a quien ha sorprendido el hambre, la fatiga y el sueño.

El duro suelo es su mullido lecho; un pedazo de la escalinata, de albo carrara, es su blanda almohada, y es el techo de su alcoba, la inmensidad azul punteada de estrellas.

Los destrozados harapos que le cubren, mal disimulan las enjutas formas de aquel infeliz.

Su demacrada faz, orlada por una mata de cabellos rojos, en desorden, es de un pálido citrino, en el que ha hecho el surco de las lágrimas, algo así como una huella calcinada.

Semejantes, en su brillo viscoso, a la quebrajadura del vidrio, son sus ojos.

En sus miradas vagas tiembla algo como una llamarada verdosa de fuego fátuo.

Un gran cerco violáceo, impreso por el ánsia de la espera, rodea sus párpados caídos.

V

No es el bohemio que bebe el ajeno y el whisky.

No es el bohemio embrutecido por el alcohol, cuyos vahos han ido a perturbar su cerebro.

No!

Es un sér más desgraciado que culpable.

Para él la Naturaleza ha sido mezquina.

Pudiera decirse que ha sido muy injusta.

La hermosa facultad que nos distingue de los demás seres, el humano verbo, le ha sido negada!

Fatal destino a que están condenados algunos!

VI

Allá, en las elaboraciones de su pensamiento, cuando sus ideas pugnan por ver la luz de la verdad, y comunicarla a los demás, entónces ¡que desencadenada lucha tendrá lugar en su cerebro!

Inútil lucha!

Es un Prometeo encadenado al duro yugo de su infortunio!

VII

El calor del hogar querido le es desconocido.

Nunca ha gustado de las tiernas caricias de una madre!

Ni un ser idolatrado le ha enjugado una lágrima cuando la mano huraña del dolor ha ido a golpear, inclemente, las puertas de su corazón.

VIII

Yo le he visto, ¡oh pobre mudo! aterido de frío en las lobregueces de las noches invernales, en noches nebulosas, de récia tormenta, arrollado en los huecos de las puertas, queriendo resguardarse del huracán.

Yo le he visto, hambriento, implorar el mendrugo de pan, aun empapado en el fino borgoña, arrojado de la mesa del festin.

Yo le he visto soportando con estoica tranquilidad el hado adverso de su vida maldita.

IX

De vez en cuando, sus rebeldes órganos vocales le permiten proferir el grito hirsuto del dolor que se pierde en las infinitas soledades de su desgracia, ó el grito incoherente de la alegría producido por el engaño falaz de sus sentidos.

Sus horizontes son muy estrechos.

Rotos tiene aquellos lazos que unían su alma, hoy solitaria, al comercio de los demás...

Un abismo insondable lo separa del mundo.

¡Está sólo!

¿Comprendéis cuán terrible es estar sólo?

X

Humanos!:

En la quietud somnolienta de las soledades, cuando sintáis contra el pecho los doce martillazos que dan las campanas de la torre, que parece que doblan a muerto; cuando los espectros se lancen fuera de sus tumbas al noctámbulo chillido del buho, cuando los jardines agonizantes exhalen los olores misteriosos y las estrellas parpadeantes reflejen sus resplandecientes luces en la losa argentada de las aguas—no arrojéis los residuos de vuestra orgía, dedicad vuestro recuerdo al infeliz a quien el destino fatal condenó injustamente a romper los lazos que unían su alma con el resto del mundo, al desgraciado privado del divino don de la palabra, al Prometeo encadenado al duro yugo de su infortunio!!

WERTHER.

Montevideo, Diciembre 4 de 1897.